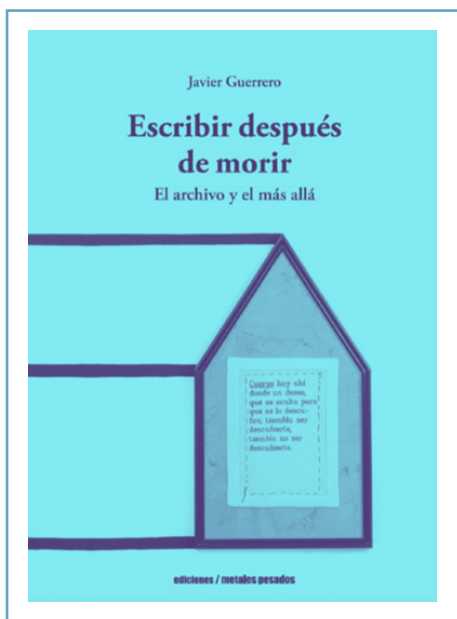


## RESEÑAS



*Escribir después de morir.  
El archivo y el más allá*

Javier Guerrero.  
Santiago de Chile:  
Metales Pesados, 2022.  
ISBN: 978-956-6048-96-1.  
369 pp.

Reseña por Mario Cámara

Universidad de Buenos Aires  
[mario\\_camara@hotmail.com](mailto:mario_camara@hotmail.com)

\*

¿Qué es un archivo? ¿Para qué sirve un archivo? ¿Cómo entrar y cómo salir de un archivo? Estas son algunas de las preguntas que la crítica ha intentado pensar y responder en las últimas décadas a partir de la certeza de que un archivo no es un sitio neutro ni un espacio de conservación de lo que el presente decide salvaguardar del pasado. Jacques Derrida, Michel Foucault, Giorgio Agamben, pero también Lila Caimari, Maximiliano Andrés Tello, han pensado insistentemente en este dispositivo como un componente central para nuestros presentes. Hoy sabemos, Derrida mediante, que el archivo se encuentra íntimamente vinculado a la ley y al poder y que, en manos opresoras, delinea y configura nuestro mundo sensible. También sabemos que en los polvorientos habitáculos que supuestamente resguardan nuestra memoria se juega nuestro porvenir. El archivo es, por lo tanto, siempre un men-

saje arrojado al futuro. En esta línea se inscribe el extraordinario libro de Javier Guerrero, *Escribir después de morir. El archivo y el más allá*, publicado recientemente por la editorial Metales pesados. Guerrero, en este voluminoso texto, se detendrá sobre los archivos de una serie de escritores y artistas latinoamericanos: Reinaldo Arenas, Severo Sarduy, Salvador Novo, Pilar y José Donoso, Delmira Agustini, Pedro Lemebel y Paz Errázuriz, dibujando un viaje temporal y geográfico realmente amplio y novedoso.

Su propuesta se inscribe en la ya extensa y fructífera reflexión crítica sobre los archivos, pero produce dos torsiones que hacen del libro un aporte fundamental y sobre las cuales quisiera detenerme. En primer lugar, Guerrero, reafirma la dimensión de futuridad de todo archivo, pero lo piensa desde una perspectiva que incluye la posibilidad de una suerte una sobrevida corporal y escrituraria de los autores y artistas con los que trabaja. Desde la perspectiva de Guerrero el archivo es un sitio que, acariciado por las manos apropiadas, hace proliferar nuevas escrituras y lecturas y sentidos de aquellos a quienes considerábamos simplemente muertos y enmudecidos. Para ello, para que el archivo engendre nuevas vidas, y esta sería la segunda torsión que involucra directamente a nuestro autor, Guerrero propone una lectura con la “mirada velada”, pues la transparencia del ojo desnudo —se nos dice— no haría más que reforzar los relatos cristalizados que todo archivo, custodiado por los arcontes oficiales, produce.

En la senda abierta por su anterior libro, *Tecnologías del cuerpo: exhibicionismo y visibilidad en América Latina* (2014), que se concentraba en el estudio de artistas de sensibilidades y sexualidades consideradas extravagantes, para replantear y problematizar concepciones homogéneas de las culturas nacionales, el trabajo que Guerrero emprende ahora sobre los escritores y artistas referidos procura dar cuenta de los “mil y un sexos” que se activan al ingresar en sus archivos. De este modo, los espacios de conservación y, en muchos casos conservadores, se convierten en sitios maleables en donde “jotos, maricones, maricuecas” (18), “trasvestidos, travestis y transformistas” (18) despliegan nuevas formas que su corta existencia o, en ciertos casos, su necesario repliegue existencial debido a una sociedad represiva y heteropatriarcal, no les había permitido desarrollar. El archivo en las manos de Guerrero no solo no supone el fin de la escritura, tampoco supone el fin del cuerpo. Con este objetivo, y en el transcurrir de los capítulos, la escritura irá activando restos de pieles, piezas cosméticas, materias sintéticas, orgánicas e inmateriales, desde las pelucas y los anillos de Salvador Novo a la muñeca y los vestidos de Delmira Agustini, por citar solo dos ejemplos. La aguda sensibilidad crítica de Guerrero consigue

construir sentidos a materiales que a menudo han pasado desapercibido o han sido arrumbados a la categoría de la pura anécdota.

Para pensar el despliegue de los mil y un sexos y de la proliferación de nuevas escrituras que propone esta indagación, la reflexión de Catherine Malabou y su concepción de la plasticidad a partir del pensamiento de Hegel resulta central. Malabou ha desarrollado en su libro *El futuro de Hegel: plasticidad, temporalidad y dialéctica*, el concepto de plasticidad proponiéndolo como una forma que no se deja reducir a la mera presencia, pero tampoco al pensamiento de la deconstrucción. La plasticidad sería entonces, en palabras de Malabou, “la forma de la alteridad ahí donde falta toda trascendencia”. El uso de este concepto de Malabou en *Escribir después de morir* procura sustentar la capacidad metamórfica de todo archivo. Desde esta perspectiva crítica, Guerrero concibe al archivo como un cuerpo prostético que reclama ser rearmado para darse a conocer en sus nuevas vidas. La ejecución de esa futuridad del archivo se realiza con la presencia explícita de nuestro autor, en lo que podríamos denominar “escenas de archivo”, como por ejemplo en el momento en que comienza a trabajar sobre Severo Sarduy y nos dice: “Comienzo a abrir este archivo con un experimento. Escribo una carta. Tras tipear y luego imprimir una frase cualquiera, con sumo cuidado procedo a doblar el papel. Con facilidad lo doblo una primera vez” (37); o en relación a Arenas, cuando anuncia: “Ahora procederé a abrir el archivo de Reinaldo Arenas en la Universidad de Princeton. Es decir, comienzo a abrirlo. Activo el proceso de apertura debido a que aún estoy lejos de las cajas que contiene los objetos, fotografías, documentos de Reinal Arenas” (51); o, un último ejemplo, esta vez relacionado al archivo de Delmira Agustini y a la muñeca que allí se encuentra, donde nos advierte: “Al solicitar la muñeca, la encargada me explicó que no portaba el vestido original y que, tras la pérdida o la ausencia de este, la biblioteca uruguaya había comisionado uno que naturalmente no correspondía al original” (162). Escenas como las citadas se encuentran dispersas a lo largo del libro y exhiben a Guerrero en acción en el trabajo de investigación. Guerrero ha visitado, pero nos hace saber que también ha tocado estos archivos. Quizá el momento más notable de esta aproximación táctil sea la imagen del rostro de Reinaldo Arenas acariciado por sus dedos (58). Por ello, más que a la violencia de quien da vuelta el archivo, debemos leer este trabajo como un gesto amoroso que Guerrero le dispensa a esas vidas.

El gesto amoroso de Guerrero abre la pregunta por la autoría o, mejor dicho, por la destitución de la subjetividad y por lo tanto de la figura del autor como autoridad absoluta. Y así como Reinaldo Arenas concibe la literatura como máquina amorosa ensamblada por más de dos manos, o Pilar Donoso convierte a su padre José Donoso en un personaje de ficción, Guerrero se construye como un crítico

que, al deshacer la separación tajante entre vida y muerte que todo archivo oficial pretende instaurar de una vez y para siempre, consigue hacer resonar cuerpos y corpus en expansión. En este punto quisiera retomar la propuesta de una *mirada velada* pues mirar a través del velo supone un registro estrábico, atento a los *accidentes de archivo*, es decir a aquellos intersticios, compuestos por desechos que las lecturas nacionales –Guerrero hablará de “ansiedades nacionales”– envían al fondo de los anaqueles o simplemente ignoran. Con una mirada velada y encarnada, *Escribir después de morir* se sitúa en lo que Derrida denominó *voir venir* afín de observar y activar lo que estaba presente pero no había sido visto, las infinitas posibilidades de futuro tramadas, pero frecuentemente obliteradas. La mirada velada ejercida aquí, destituida de toda melancolía, enhebra una serie que en su aparecer actualiza vidas disidentes y cuerpos marginados, violencias estatales o patriarcales y ordenes inmunitarios. Esas vidas, sin embargo, emergen y se proyectan no en calidad de víctimas. Ni el femicidio de Delmira Agustini, ni el suicidio Pilar Donoso, ni Evelyn ni Pilar, las travestis fotografiadas por Paz Errázuriz, por citar solo tres abordajes del libro, son reafirmadas en su dolor. Por el contrario, metamórficas y proliferantes testimonian formas de vida y estrategias de resistencia. Con ellas, con todas ellas y en un cuerpo a cuerpo, Guerrero hace dos cosas: reescribe un pasado e imagina nuevos porvenires.

\*